

Ángel Arribas

EL CLAN DE LOS GRIEGOS



Los niños y los borrachos siempre dicen la verdad.

INTRODUCCIÓN

*La mentira es una de las principales
fuerzas que rigen el mundo.*

Jean François Revel

Vacío, yermo y desolado. Como un cráter lunar desprovisto de agua, de aire y de luz. Como un ser humano que ha perdido la esperanza de vivir, sencillamente porque ya no cree en más verdad que la mentira.

Así se sentía Luis Beltrán cuando la habitual resaca le permitió recobrar cierto control sobre sus percepciones. El dolor de cabeza era tan intenso que apenas le permitía pensar. Sus músculos protestaban airadamente ante cualquier intento de cambio de postura, por lo que decidió permanecer inmóvil hasta que su cuerpo fuera capaz de valerse por sí mismo.

Los párpados eran los únicos elementos de su anatomía que podía accionar sin sufrimiento, pero decidió que permanecieran cerrados ante el cegador destello que percibió cuando intentó abrirlos.

—Mañana es mi cumpleaños —se dijo—. Si no recuerdo mal, hoy hace ocho meses y doce días que me dejó el último *amor de mi vida*.

“Adiós, Luis. Si quieres destruirte estás en tu derecho, pero hazlo tú solo”.

Cada mañana despertaba con ese recuerdo en su cabeza. La despedida de Ana había sido tajante, directa y escueta. La admiraba por eso. Las anteriores le habían puesto ingenuas excusas, alegado problemas familiares o, incluso, recurrido al victimismo. Pero Ana se lo había dicho de frente y por derecho: “Eres un psicópata auto-destructivo. Conmigo no cuentas para culminar tu obra. Adiós, Luis. Si quieres...”

Cuando abrió los ojos se encontró rodeado de perfectos desconocidos. Los llamativos colores de su vestimenta le resultaban vagamente familiares. Intentó recordar, pero, a pesar de seguir tumbado, se sentía zarandeado a derecha e izquierda. Movi6 los párpados con fuerza intentando concentrar su atención.

—Estás en una ambulancia. Te llevamos al hospital —oyó decir a alguien situado detrás de su cabeza—. Parece que anoche te pasaste con la bebida.

¿Pasarse con la bebida? No recordaba haberse excedido. No más que otras ocasiones. Quizá fuera la mala calidad del alcohol, pero no la cantidad.

Entornó los ojos y trató de no pensar en cómo se había dejado dominar por el vino. Esa droga barata, asequible y legal que da más euforia y más calor que cualquier otra y que no está, ni de lejos, tan mal vista como las consideradas drogas ilegales.

Para Luis Beltrán todo era una enorme hipocresía. Para él, el vino en particular, así como el resto de las bebidas alcohólicas en general, eran socialmente admitidas (con la consabida coletilla de la moderación y la responsabilidad) gracias a las enormes cantidades de impuestos que se recaudaban con su consumo.

—Sin embargo, no fumas —le hizo notar Ana en cierta ocasión.

—No me quiero asfaltar los pulmones. Bastante humo tragamos ya en la ciudad. Pero la sociedad es hipócrita. El Estado es hipócrita. Si el tabaco mata, que lo prohíban. Si el alcohol mata, que lo prohíban. ¿Por qué no lo hacen? Yo te lo diré: El Estado recauda muchísimo dinero con los impuestos de las drogas sociales. Luego se gastan unos miles de euros en las campañas de concienciación ciudadana y nos dejan decidir cómo nos queremos matar.

—Luis, no digas disparates. Si se prohibiera la bebida volveríamos a los años de la famosa Ley Seca. Sería un desastre. Es mucho mejor que esté controlada por el gobierno.

—Puede ser, pero me parece hipócrita. Sobre todo, lo del tabaco.

—El tabaco, quizá. Aunque la verdad es que las campañas para la prevención del tabaquismo son cada vez más dramáticas.

—Ya. Pero no basta con poner letreros en las cajetillas advirtiendo que “*EL TABACO MATA*”. Y luego se lamentan de las consecuencias. Mentira sobre mentira. Acabarán haciendo hamburguesas con sabor a nicotina.

Cuando se ponía a disertar sobre la farsa de lo que él llamaba “drogas cínicamente sociales” no admitía otros razonamientos que los suyos. Ana dejaba de insistir y entonces la abrazaba con una ternura inmensa para intentar compensarla por sus testarudos razonamientos.

—Todo es mentira, Ana. Vivimos en una gigantesca mentira. Por lo menos déjame elegir en qué mentira quiero vivir.

—¿Yo también soy una mentira?

—No, Ana. Tú eres la única verdad que he conocido en toda mi vida.

—Pues demuéstrame que soy verdad. A veces tengo la sensación de que me consideras una más de tus fabulaciones.

—No son fabulaciones, Ana. Si vemos a un grupo de jóvenes fumando porros, nos escandalizamos. Pero si están en un bar, bebiendo vino, cerveza, cubatas, gin-tonics, etc., lo encontramos perfectamente normal.

El zumbido de sus oídos fue bajando de intensidad poco a poco y el incesante vaivén de la camilla disminuyó por completo. Dedujo que la ambulancia estaba llegando a su destino. Poco después oyó abrirse las puertas y sintió que le deslizaban hacia adelante. Sentía frío. Una sensación de estar envuelto en una bolsa de plástico rellena de cubitos de hielo.

Nuevas voces.

—¿Qué tenemos?

—Un coma etílico. Está consciente, pero grogui.

Ya no oyó nada más.

CAPÍTULO I

“El trabajo es la maldición de las clases bebedoras”.

Oscar Wilde

Luis abrió los ojos y los volvió a cerrar. Se sintió mareado, con náuseas. No obstante, había empezado a recuperar la sensibilidad de su cuerpo, así como algunas de sus capacidades motoras. Ladeó la cabeza hacia la derecha para intentar comprender dónde se encontraba. Dedujo, por los elementos de las paredes, que estaba en la habitación de un hospital. No recordaba cómo había llegado hasta ese lugar, ya que su conciencia alterada no le permitía pensar con claridad.

—Esta vez me he pasado... Bonita forma de celebrar mis primeros cuarenta y cinco años.

Se volvió lentamente hacia el otro lado, aunque tuvo que cerrar los párpados para no aturdirse más de lo que ya estaba. Cuando se atrevió a mirar creyó seguir inmerso en la irrealidad de su desmedida borrachera.

No sabía el motivo de su aparente alucinación. Había tenido muchas visiones espantosas en sus numerosos ataques de delirium tremens, pero lo que vio le pareció innecesariamente cruel.

Sentada tranquilamente en el sillón reservado a las visitas, Ana le miraba con una sonrisa burlona, con

esa expresión entre sarcástica y mordaz que tanto le incomodaba.

—Bienvenido al mundo de los vivos. Está claro que no tienes prisa en morir —dijo acercándose a la cama.

—¿Ana? ¿Qué haces aquí?

—Cuidar de ti. Ya sabes, con eso de los recortes, se han suprimido las enfermeras exclusivas para pacientes borrachos. Digamos que es mi regalo de cumpleaños.

Reparó entonces en la bolsa de suero que tenía conectada a la vía de su brazo izquierdo.

—¿Es de buena cosecha? —preguntó intentando relativizar su intento de frivolidad.

—De la mejor. Suero-glucosa al 5% y vitaminas B₁ y B₆. Y sin un átomo de alcohol.

—Gracias por venir a celebrar mi cumpleaños.

—Tu cumpleaños fue ayer. Llevas tres días en coma.

La puerta de la habitación se abrió y un pequeño grupo de personas, vestidos de blanco, hicieron acto de presencia. Los sensores que tenía conectados a su cuerpo habían detectado su renacer a la vida.

El facultativo de planta, acompañado por dos estudiantes en prácticas, decidió comprobar su estado.

—Buenas tardes —dijo el de más edad—. ¿Cómo se encuentra, Luis?

—Desconcertado y asombrado.

—Nosotros también —repuso indicando con la mirada a sus jóvenes acompañantes—. Ha bebido mala medicina, hombre blanco. Agua de fuego muy mala.

—¿Tanto bebí?

—No demasiado. Pero lo peor es que era de mala calidad. Alcohol de madera. De la madera con la que se hacen los féretros. No sé si me entiende.

—No entiendo nada. No bebo de garrafón, que yo recuerde.

—Es normal. El alcohol es una droga con efectos tóxicos que conlleva otros peligros intrínsecos, como envenenamiento y dependencia. Si se consume en exceso, como parece que es su caso, el alcohol puede causar pérdida irreversible de la memoria; enfermedades crónicas en el hígado; accidentes de todo tipo, así como lesiones; agresividad contra uno mismo y contra los demás; impotencia sexual y numerosos problemas sociales. Pero el peor es la muerte. No lo olvide.

—No me importa demasiado morir...

—Si su conserje hubiese tardado una hora más en llamarnos, ahora estaría muerto...

* * *

El modesto edificio de apartamentos en el que vivía Luis carecía de muchas sofisticaciones, pero estaba dotado de servicios de mantenimiento y limpieza de los que se ocupaba el conserje de la finca, que también hacía de receptor de mercancías, portero, vigilante y controlador de los consumos de agua y gas.

Cuando llamó por tercera vez, sin obtener respuesta, a la puerta 5 del piso 11 para leer los contadores, decidió utilizar su llave maestra para acceder a la vivienda. Un agrio olor, como de alcohol fermentado, le golpeó con violencia nada más entrar por la puerta. Luis permanecía de bruces sobre el suelo, lo que sin duda había evitado que se

ahogara con su propio vómito. Marcó el 112 para referir lo ocurrido y siguió al pie de la letra las instrucciones que le dieron.

Colocó a su inconsciente inquilino en la posición lateral de seguridad, tal como le decían. Una vez que hubo comprobado que la respiración del paciente era regular, bajó al portal para facilitar el acceso a los sanitarios del servicio de urgencias, que se llevaron al inconsciente inquilino al hospital sin pérdida de tiempo.

Poco después, cuando terminó de narrar su aventura a los curiosos que se interesaban por lo sucedido, recordó que disponía de una lista con los números de teléfono de todos los ocupantes de la finca. Buscó el de Ana y le refirió lo ocurrido.

Ana era la compañera con más estilo que había conocido del ocupante del 11-5. Y habían sido muchas. No solamente era joven, de unos 35 años, sino que, además, le resultaba muy elegante y refinada. Por eso no se extrañó el día que se despidió de él con una sonrisa amarga y un «Cuídele, Paco. Yo lo dejo por imposible». Al menos, estaba convencido de haberle cuidado y que, con toda probabilidad, su providencial visita le había salvado la vida.

Lo que sabía de Luis Beltrán es que se había licenciado en periodismo en la Carlos III y había obtenido el título de Investigador Privado que otorga el Ministerio del Interior. Se ganaba la vida como detective con licencia y redactor de política, deportes y sucesos en un periódico de difusión local, *El Xatafi Tribune*, por lo que pasaba gran parte del día sintonizando la emisora de la policía municipal, en la banda de 2 metros, para tratar de descubrir algo inédito que le permitiera adelantarse a sus colegas.

En realidad, todos hacían lo mismo. Pero Luis Beltrán tenía acoplados dos altavoces en el casco de su modesto escúter, por lo que podía escuchar los canales adecuados directamente sobre la marcha. Esto le daba cierta ventaja para llegar antes que sus competidores locales a los sitios de interés, gracias a la maniobrabilidad y agilidad de su medio de desplazamiento. Pero eso había ocurrido mucho antes de que le venciera el vino.

Ana le conoció en una reunión informal, con motivo del cumpleaños de Marisa, una amiga común.

—¡Qué alegría, Luis! Has tardado lo tuyo, pero has venido.

—Y, además, te he traído un regalo.

—¿Qué es?

—Luego. Ahora déjame beber algo. Estoy seco.

—Está bien... Mira, te presento a mi amiga Ana —dijo la cumpleañera tomando del brazo a una joven morena de ojos inquietantes.

—Mucho gusto, Ana —contestó sin apartar los ojos de la mesa que hacía las veces de mueble bar.

Ana no pasaba desapercibida. Su vestido, con escote de barco y algo ceñido, sin exageraciones, ponía de relieve una figura atractiva y elegante. Una media melena oscura enmarcaba un rostro agradable en el que los labios y los ojos destacaban especialmente. Estaba más cerca de los treinta que de los cuarenta y trabajaba como monitora de aeróbic en un gimnasio, lo que explicaba en parte la elasticidad y elegancia de sus movimientos.

No es que fuera presumida, pero no recordaba que ningún otra persona, hombre o mujer, se hubiese

desentendido de ella con un simple “mucho gusto, Ana”. Su perplejidad no pasó inadvertida para su amiga.

—No se lo tengas en cuenta. Es un tío estupendo, pero últimamente está un poco ido. Creo que tiene problemas con el alcohol.

—Está bien. Puede que le perdone. Pero tu amigo es un grosero, que lo sepas —añadió riendo.

Luis se dirigió a la zona de bebidas y se sirvió una abundante dosis de güisqui con hielo. Dos tragos después, recordó el regalo que traía y pidió teatralmente silencio para hacer más atrayente la escena de la entrega.

—Un minuto de silencio —dijo alzando la voz todo lo que pudo—. Vamos a ser espectadores de un momento mágico.

Agitó un bulto rectangular en dirección a Marisa, dando a entender que la magia se escondía en el interior del envoltorio.

—Ten, princesa. Esto es para ti. Pero se lo tienes que enseñar a todo el mundo.

Marisa recogió el obsequio con exagerados gestos de misterio. Lo sopesó primero, dando muestras de extrañeza por el escaso peso del fardo, antes de proceder a desenvolverlo con calculada parsimonia.

Una fina tela de encaje, de color negro, apareció entre sus dedos despertando la hilaridad de los presentes ante lo que parecía ser una característica ropa interior. Escondió la prenda, con un mohín entre tímido y pudoroso, lo que provocó la reacción de sus invitados.

—El trato es que lo tienes que enseñar. ¡Que lo enseñe! —dijo Luis moviendo los brazos para que secundaran su demanda.

Esta última frase fue coreada por los presentes al unísono, mientras palmeaban o golpeaban sus vasos sobre el mobiliario al compás de su petición.

Marisa tiró por completo de la prenda y elevó una mano en la que sostenía un *body* de encaje de una prestigiosa firma de lencería.

Gracias a la desinhibición del momento y la más que moderada ingesta de bebidas de todo tipo, el ambiente era propicio para lo que ocurrió a continuación.

—¡Que se lo pruebe! —dijo una voz femenina.

Un momento después el coro repetía la petición con insistencia. Dos de las invitadas colocaron la prenda sobre el cuerpo de Marisa, para comprobar la talla.

—¡Que se lo pruebe! ¡Que se lo pruebe! —repetían con machacona cantinela.

—Está bien, está bien. Ya me lo pruebo, pero dejad de patalear que me van a echar del piso.

Sin dudarle un instante, Marisa levantó la camiseta por la espalda y la pasó por encima de su cabeza. Luego se colocó el *body* cubriendo sus hombros y la camiseta que mantenía debajo de la barbilla. Sacó cuidadosamente cada brazo de la camiseta y la deslizó hacia abajo, junto con la prenda de lencería, tanto por delante como por detrás.

Los invitados asistían atónitos al ejercicio de malabarismo que se desarrollaba ante sus ojos. Si alguien esperaba verla desnuda se quedó con las ganas. Marisa había sustituido su camiseta de algodón por el delicado tejido de encaje si mostrar otra cosa que la espalda. El regalo se adaptaba a su cuerpo como una segunda piel, pero quedaba deslucido de cintura para abajo, al no estar completamente colocado.

—¡Del todo! —dijo una voz masculina esta vez.

Pero Marisa ya contaba con eso. Se desabrochó la falda lo suficiente como para recolocar en su interior la parte delantera y trasera de la prenda de lencería y abrochó el cierre automático. Cuando comprobó que todo estaba encajado y en su sitio, dejó caer la falda entre el delirio y los aplausos de todos los presentes.

—¿Qué tal? —preguntó con una expresión de triunfo.

—Radiante, querida. Estás fabulosa —respondió Luis—. Te sienta como un guante.

Marisa estaba deslumbrante. Sentía las miradas que recorrían su figura envuelta en esa especie de bañador de encaje, algunas con envidia, otras con deseo y otras con simple diversión.

Instantes después se volvió a enfundar la camiseta, se colocó la falda, desabrochó los automáticos y, a través del cuello de la camiseta, tiró de cada hombrera de la prenda recién estrenada, exhibiéndola sobre su cabeza como un trofeo, entre los vítores y los aplausos de sus invitados.

—Esta me la pagas, Luis.

—Oye, que yo solamente te pedí que lo enseñaras, no que nos hicieras el numerito de contorsionismo que te has inventado.

—¡Que se lo pruebe Ana! —dijo el mismo hombre de antes—. ¡Que se lo pruebe!

Ana se vio de repente rodeada y requerida, entre aplausos, para probarse la erótica prenda.

—Ni hablar —se defendió—. Estas cosas son muy personales.

—¡Que se lo pruebe! —coreaban.

El instigador de la idea se acercó hasta la espalda de la sorprendida Ana y comenzó a tirar de la cremallera de su vestido. Sus hombros ya estaban al aire y empezaba a ser notorio que no llevaba sujetador. Ana se volvió y abofeteó de forma instintiva a su ahora petrificado agresor. El estallido del guantazo tuvo un efecto paralizador entre los presentes, que contuvieron la respiración casi al mismo tiempo.

El hombre enrojeció de rabia y se dispuso a devolver el golpe. Levantó su puño derecho y lo descargó sobre la indefensa Ana, que estaba tratando de recolocar su vestido.

Luis se movió con rapidez y se interpuso en la trayectoria deteniendo la agresión con su antebrazo.

—Es de mala educación devolver lo que te has merecido. Y esa hostia la tenías muy ganada. Además, a una mujer nunca se la puede desnudar si ella no quiere.

—¡Que os vayáis a la mierda! —repuso dirigiéndose a la puerta mientras restregaba su dolorida mejilla—. Era solamente una broma.

—Si quieres hacer gracia, la próxima vez cuenta un chiste.

Marisa dio unas palmadas para rebajar la tensión.

—Venga, venga. Alegría, que es mi cumpleaños. A ver si me vais a fastidiar la fiesta.

Ana se acercó a Luis con una expresión compungida en sus ojos.

—Lo siento. Creo que me asusté. Gracias por intervenir.

—No lo sientas. Este tío pretendía dejarte en bragas. Has hecho lo correcto.

—Dijo que estaba bromeando...

—Claro. No va a admitir que pretendía desnudarte, ¿no crees? Por gilipollas como este tenemos la fama que tenemos. Si te llega a dar, te parte la cara. Es un chulo sin escrúpulos, le conozco bien.

Marisa seguía intentando convencer a unos y otros de que no había pasado nada, pero lo cierto era que ya se había esfumado la magia. Poco a poco empezó el desfile de personas y solamente unos pocos invitados demoraban su salida para no dar a entender la incomodidad que sentían por lo sucedido.

Ana también recogió sus cosas y se dirigió a su amiga para despedirse.

—Tengo la sensación de haber estropeado todo, Marisa. No sabes cómo lo siento.

—Ni se te ocurra pensar eso. Que yo haya seguido el juego no obligaba a nadie a seguirlo. Has hecho lo adecuado.

—Espera —dijo Luis—. Te acompaño. No me extrañaría que ese imbécil te estuviera esperando para vengarse. Conozco demasiado a estos machotes de opereta.

—Gracias. La verdad es que yo tampoco lo descarto.

—¿Tienes coche?

—Sí. He aparcado a dos calles de aquí.

Salieron tras despedirse de su anfitriona con la intención de dirigirse al coche que Ana tenía aparcado en las inmediaciones de la casa de su amiga. Tal como sospechaba Luis, el ofendido se encontraba en compañía de otros dos hombres al otro lado de la calle.

Tras estudiar las alternativas, Luis decidió que no podían correr el riesgo de que les siguieran, ya que no quería que pudieran saber cuál era el coche de Ana, ni su domicilio.

Su vieja escúter estaba aparcada en la acera. Sin mediar palabra, tomó a su acompañante por la cintura y, tras calibrar la estrechez de su vestido, la colocó de lado sobre el asiento trasero. Insertó la llave en el contacto, des-trabó el manillar y empezó a circular en dirección contraria al sentido de la marcha de la calle, sin bajarse de la acera y con las luces apagadas.

Esta súbita maniobra desconcertó a sus centinelas, pero también a la propia Ana.

—¿Dónde me llevas? —preguntó mientras se agarraba con fuerza a la cintura de Luis.

—¿Dónde tienes el coche? —fue la respuesta.

—Una calle más abajo.

Tras un breve trayecto, en el que siguió las indicaciones de su pasajera, detuvo la moto junto al coche.

—Bueno, ya estás a salvo. Si no te importa te seguiré con la moto para asegurarme de que todo está en orden.

—Muchas gracias por todo. No sé cómo agradecerte lo que has hecho.

—En realidad, sí que lo sabes. Pero no lo he hecho para reclamar tu gratitud. Realmente me repugna ese tipo de comportamiento. No soporto ver la chulería en acción.

—Buenas noches, entonces.

—Buenas noches, Ana.

La joven abrió la puerta de su pequeño utilitario, se acomodó en su interior y lo puso en marcha. Por los espejos retrovisores veía la moto que la escoltaba y se sintió la persona más protegida del mundo.

Al llegar a su domicilio se detuvo en la rampa de acceso al parking y bajó la ventanilla para despedirse de su protector.